



La Filosofía Política según Maquiavelo.

**Guía de estudio para estudiantes
de Grado en Filosofía**

Juan Antonio Fernández Manzano

La Filosofía Política según Maquiavelo

**Guía de estudio para estudiantes
de Grado en Filosofía**

Juan Antonio Fernández Manzano

Madrid 2015

ISBN 978-84-608-4305-4

CONTEXTO BIOGRÁFICO

Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 y murió el 21 de junio de 1527. Fue diplomático, funcionario público, filósofo político y escritor.

Tengamos en cuenta que Maquiavelo fue un personaje destacado del renacimiento florentino y por aquel entonces, la república de Florencia era una ciudad-estado de las más importantes de su tiempo. Maquiavelo la habitó en su momento de máximo esplendor. Con este contexto, no es sorprendente que el proyecto político de Maquiavelo fuera también ambicioso.

Leonardo y Miguel Ángel habían llevado al arte y la escultura a cotas insuperables y una similar meta y con cercana metodología se plantea hacer Maquiavelo: inspirarse en la sabiduría de la Antigüedad, y hacer de ella una relectura con la vista siempre puesta en la solución de los problemas de su tiempo.

Maquiavelo vivió bajo el gobierno de los Medici, la primera familia de Florencia, vio la entrada y deposición del gobierno del dominico Savonarola y con el gobierno de Piero Soderini, Maquiavelo ocupó el cargo de Secretario de la segunda cancillería, un cargo diplomático que desempeñó durante 14 años, desde 1498 hasta

1512, momento en el que los Medici retoman, con la ayuda del ejército español, el poder en la ciudad, exilian a Piero Soderini y destierran a Maquiavelo. A partir de ese momento, Maquiavelo se ve forzado a abandonar sus misiones diplomáticas y llevar, muy a su pesar, una mas sosegada vida de escritor. Se trasladará a una pequeña finca de su propiedad en las afueras y allí compondrá sus obras más importantes: *El Príncipe* (1513) y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1513-19), ambos publicados tras su muerte, en 1532.¹

El Príncipe fue redactado en el verano de 1513, inmediatamente después de la caída de la república florentina a la que Maquiavelo había servido.

Maquiavelo era un hombre de acción, muy ligado a los avatares de su Florencia natal. La carta que desde el exilio escribe a su amigo Francesco Vettori, embajador de la república florentina en Roma, describe cómo pasaba sus días de destierro ocupado en escribir su libro más famoso y se aprecia cuánto echaba de menos la práctica política que había sido su principal ocupación:

“En mis tierras me estoy, y desde mis últimas desventuras
no he permanecido, juntándolos todos, ni veinte días en

¹ Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, Madrid, Editorial Espasa Calpe S. A, 2003 y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, trad. Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza, 2003.

Florenzia...Me levanto con el sol y me voy al bosque mío [...] donde paso dos horas, [...] conversando con los leñadores[...] Vuéltome del bosque, me voy a una fuente [...] Llevo conmigo un libro, o Dante o Petrarca, o uno de esos poetas menores, como Tibullo, Ovidio u otros; leo aquellas amorosas pasiones de ellos y con sus amores recuerdo los míos; y me distraigo un tanto en estos pensamientos. [...] hablo con los que pasan, les pregunto sobre las novedades de sus pueblos, escucho muchas cosas y voy conociendo sus gustos y caprichos. [...] regreso a la hostería. Corrientemente allí están el mesonero, el carnicero, el molinero y dos panaderos. Con ellos me instalo todo el día a jugar a las cartas [...] Así [...] remuevo el moho de mi cerebro y libero la amargura de mi suerte. Y cuando llega la tarde, vuelvo a casa y entro en mi escritorio; y en el umbral me despojo de mi ropa cotidiana, llena de fango y de barro y me pongo mi ropa forense y real; revestido adecuadamente entro en las antiguas cortes de los hombres antiguos donde, recibido por ellos amorosamente, me nutre ese alimento, que es sólo mío y para el cual nací. Allí no me avergüenzo

de hablar con ellos y preguntarles acerca de la razón de sus actos; y ellos me responden con benevolencia; y por cuatro horas no siento fastidio alguno, olvido mis cuitas, no temo a la pobreza, no me asusta la muerte: entero me transfiero a ellos.”²

Maquiavelo confiesa, entre el humor y el realismo que no sabiendo razonar “ni del arte de la seda, ni del arte de la lana, ni de ganancias o pérdidas” tan solo le queda la opción de o razonar acerca de los asuntos de estado o bien hacer voto de silencio.³

En la compañía intelectual de los clásicos se dedica a trabajar sobre los principados, ahonda profundamente en la reflexión sobre este tema, discutiendo qué es un principado, de qué tipo son, cómo se adquieren, cómo se mantienen y por qué se pierden.

2 Maquiavelo, Nicolás, *Epistolario privado. Las cartas que nos desvelan el pensamiento y la personalidad de uno de los intelectuales más importantes del Renacimiento*. Edición y traducción de Juan Manuel Forte, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

3 Maquiavelo, Nicolás, *Epistolario privado, op. cit.*

LECTURAS DE *EL PRÍNCIPE*

El Príncipe es un texto que amerita muchas lecturas diferentes y que desde luego es cualquier cosa menos una obra sencilla.

En una primera lectura pudiera parecer una obra más convencional que se acomoda dentro de una larga tradición de un subgénero literario llamado el espejo de príncipes. Se trata de libros redactados con el fin de servir de guía didáctica para los príncipes, nobles o caballeros que iban a cargo de un territorio.⁴ A diferencia de muchos de los de su tiempo, esta obra no está escrita en latín, sino en lengua vulgar y esa es la primera diferencia. Ciertamente es que Maquiavelo, tal vez como por respecto a la tradición, mantiene los títulos en latín.

La primera pregunta que debemos hacernos para comprender esta obra es por los propósitos del autor. ¿Qué se propone Maquiavelo con ella? La respuesta tampoco admite una única respuesta. En primer lugar, Maquiavelo deseaba un cambio político y asumió que su papel como politólogo y como político era el de cooperar con unos

⁴ Algunos ejemplos de este subgénero a lo largo de la historia serían la *Ciropedia* del griego Jenofonte. Egidio da Colonna con su *De regimine principum*, Erasmo con su *Enchiridion* y Baltasar de Castiglione con su *El cortesano*.

procesos de transformación política que estimaba de gran valor. *El Príncipe* se escribe en 1513 dedicado a Lorenzo de Medici, nieto del Papa León X y capitán general de los florentinos. Maquiavelo presenta su trabajo como su legado intelectual, como resultado de su dilatada experiencia política con el fin de contribuir a la reconquista de Italia y la expulsión de todos los invasores.

La Italia de entonces estaba muy fragmentada y sin orden común. A diferencia de Francia, España e Inglaterra, en Italia no había cuajado el Estado-nación. El territorio se hallaba dividido por entonces en cinco estados regionales: los Estados Pontificios, Milán, Nápoles, Venecia y Florencia y la península carecía de un poder central capaz de unificarlos a todos. Los estados se hallaban bajo la égida de un puñado de familias poderosas: los Visconti, Sforza, Medici, Anjou... enfrentados entre sí por la supremacía territorial.

Así pues, en *El príncipe*, Maquiavelo reclama la necesidad de un Estado soberano. A su juicio, el estado es el instrumento con el que se podía liberar a Italia de los ataques extranjeros, dotarla de estabilidad y sacarla de la desastrosa situación de esclavitud, opresión y división en la que se encontraba. La unificación de Italia pondría fin tanto a la inestabilidad política y moral. Para Maquiavelo, el Estado moderno es la fuerza sin la cual no puede haber ni justicia ni moral, de ahí su

decidido empeño en la construcción de un Estado nacional a manos de un *condottiero* (capitán, comandante) astuto y enérgico.

Maquiavelo tuvo la lucidez de atisbar desde su época la posterior repercusión que tendría el surgimiento del Estado en la organización de un territorio, algo que en su tiempo no estaba aún tan claro.

Su compatriota Francesco Guicciardini (1483-1540) era un historiador que pensaba que era deseable mantener la división política de Italia desde el punto de vista económico y cultural. Guicciardini asociaba la dispersión política al florecimiento de las libres, prósperas y cultas ciudades-estado italianas.⁵

Pero Maquiavelo creía que la división provocaba todas las contrapartidas de la desunión territorial sin ninguna de sus posibles ventajas. Su análisis era certero, la opresión de las tiranías, junto con el hecho de encontrarse sin defensas y expuestos a las invasiones extranjeras, convirtieron esta época en lo que Sabine denominó como un periodo de “bastardos y aventureros”.⁶ Una época de degradación moral, la corrupción política y los abusos por la fuerza eran las notas dominantes.

5 Cf. Truyol y Serra, A., *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado. II. Del Renacimiento a Kant*. Alianza Editorial, Madrid, 1995 pp. 21-22. También lo señala Ana Martínez Arancón en su introducción a los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 20.

6 Sabine, G., *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 269

La labor de Maquiavelo en el campo de la teoría política se aleja mucho del ideal académico: plantea sus escritos con una orientación más pragmática que filosófica, sus reflexiones se basan en una nutrida y poco sistemática recolección de casos históricos reales a los que tuvo acceso directo en sus 14 años de experiencia de carrera política.

A diferencia del gran teorizador sobre el Estado, Hobbes, Maquiavelo no elaboró una teoría general sobre la fundamentación del poder o sobre el Estado o sobre el absolutismo político, sino que dirigió su análisis hacia un objetivo pragmático y concreto: la unificación de Italia bajo mando florentino.

Quizá carezca de la hondura filosófica que sí tuvo Hobbes, pero no se duda de lo acertado de su diagnóstico de la situación italiana.⁷ Viendo Italia despedazada por varios dominadores concibe como ideal supremo la unidad de su dividida patria.

Maquiavelo no se ocupa de la legitimidad del gobierno ni por su mejor uso, su manual es una técnica encaminada a producir un Estado que no existía y a partir de ese momento, dotarle de potencia para durar. *El príncipe* se ocupa de un asunto

⁷ Cf. Crossman, R.H.S., Biografía del Estado Moderno, México, Fondo de Cultura Económica 1965 (2ª ed.) p. 35.

puramente práctico, de mecánica de gobierno y no debe ser entendido como una obra teórica de filosofía política.

Y al mismo tiempo, otro de los propósitos de su obra son de tipo personal. Maquiavelo utiliza su obra casi como una apelación para obtener el reintegro de los Medici. Está viviendo en un mundo nuevo en el que la república ha terminado. Ha perdido su trabajo, se le acusa de participar en la conspiración. Maquiavelo presenta con esta obra sus credenciales: presenta asesoramiento valioso a los nuevos príncipes de Florencia, para quienes desea trabajar. De nuevo, Maquiavelo es, antes que un teórico, un hombre políticamente activo cuyo referente es la realidad y sus exigencias prácticas.

Hay en esta presentación de Maquiavelo parte de adulación y sobre todo, como él mismo predica, sentido práctico por encima de todo. Maquiavelo había sido torturado por los Medici cuando estos retomaron el poder bajo la acusación de conspirar contra ellos y es ante los mismos que le torturaron ante los que se presenta persiguiendo el reingreso. Maquiavelo olvida el rencor y se marca un fin práctico y realista: recuperar lo perdido.

LA SECULARIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Maquiavelo configura el Estado de forma autónoma al margen de poderes y valores como los religiosos. El florentino despojó al campo político de todo valor religioso, contribuyendo a la secularización total de la política. Esto significa en primer lugar clausurar la política dentro de límites inmanentes, tanto en lo referido a su conocimiento como a la acción humana. Quedaba el hombre y sólo el hombre al frente de la sociedad y responsable de su propio gobierno. Asumir que las instituciones culturales son productos inteligibles y exclusivamente humanos desprovistos de toda trascendentalidad y sometidos a fuerzas humanas o azarosas.

Para Maquiavelo, el Estado es un poder terrenal puro y autónomo. Con este paso, la Filosofía Política se hace autónoma y el Estado nace entendido como una entidad política secular, no subordinada ni a Dios ni a ninguna otra autoridad superior.

Maquiavelo dibujó límites nítidamente inmanentes al campo político, a la medida exclusiva de los hombres. Por esta, entre otras razones, el Concilio de Trento (1545-1563) incluyó las obras de Maquiavelo en el Índice de libros prohibidos en 1559.

Las causas de esta secularización son múltiples.

1. En primer lugar, podemos decir que se trataba de una exigencia lógica acorde con su visión política general. El Estado por el que Maquiavelo abogaba requería la obediencia total de los súbditos y lógicamente, defender la supremacía integral del gobierno implicaba el rechazo de todo acto de injerencia religiosa. En efecto, Maquiavelo pone como condición de existencia de todos los estados la presencia de un poder supremo, encarnado en el soberano, y tacha de muy negativa cualquier limitación al poder estatal.

2. En segundo lugar, hemos de convenir que Maquiavelo creía sinceramente en la distinción de planos (político y religioso o público y privado) a la que aludíamos con anterioridad. Esto se hace evidente cuando estudia los principados eclesiásticos, aquellos en los que las instituciones eclesiásticas mantienen su poder en lo temporal, de los que afirma con sutil ironía que se hallan gobernados por ininteligibles causas superiores, del todo inaccesibles a la mente humana.

3. En tercer lugar, Maquiavelo acusa el influjo proveniente del despegue de la razón científica de manos de la matemática, y la física. Por contagio, el pensamiento político transitaría por esta misma vía que permitía pensar el mundo y sus fenómenos

desde la razón.

Es interesante observar que Maquiavelo, adoctrinado en el renacimiento pagano italiano, presta mucha atención al papel de la religión en tanto que hecho social, pero como acertadamente matiza Sabine⁸, mostró una absoluta indiferencia por su verdad o falsedad. Podemos apostillar que simplemente se limitó a desplazarla del escenario de juego. No obstante, en perfecta sintonía con su filosofía, el florentino no desprecia la religión como fenómeno social, pues considera que los valores religiosos tienen un cometido político y social importante que podrían cumplir: contribuir al civismo a través de los preceptos y las sanciones morales. Maquiavelo, como los estoicos, acepta la instrumentalización de la religión para mantener el orden civil: factor motivacional que puede aportar cohesión social. En otros términos, no renuncia a utilizar la religión como un medio más para su fin primordial: la estabilidad estatal.

8 Sabine, G., *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965

TIPOS DE ESTADOS

En el capítulo 1 del *El príncipe* dice Maquiavelo que lo primero que es preciso esclarecer es distinguir los diferentes tipos de estados puede haber. A eso dedicará los primeros cinco capítulos.

Maquiavelo divide los distintos Estados y gobiernos en dos tipos: “Todos los estados, todos los gobiernos que han regido y rigen la vida de los hombres, han sido y son repúblicas o principados.”

Lo primero que nos llama poderosamente la atención es el hecho de que para Maquiavelo no exista diferencia entre Estado y gobierno. Ambos términos son usados como sinónimos, equiparando lo que es la estructura organizativa con el poder ejecutivo.

Las repúblicas las tratará en su libro *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y con *El príncipe* se centra exclusivamente en los principados. Éstos se distinguen por ser gobernados por el príncipe en solitario (El Turco) o acompañado por un cuerpo de nobles, quienes pueden tener privilegios heredados y súbditos propios, como era el caso de Francia.

Los gobernados por un solo príncipe son difíciles de conquistar por su unificación, pero una vez logrado son fáciles de gobernar al no existir capas intermedias de poder.

Los gobernados por un príncipe y nobles como Francia son más inestables: cualquiera de los señores feudales que gobiernan con el príncipe tiene suficiente poder como para provocar una rebelión contra el gobierno central.

Es obligado preguntarnos en este punto por las preferencias de Maquiavelo acerca del gobierno. En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* sus predilecciones se dirigen a la república, es decir hacia un gobierno del pueblo. Resulta chocante observar cómo con *El príncipe* se hace una defensa del absolutismo monárquico de reyes o príncipes. Maquiavelo dice en los Discursos que si el pueblo es corrupto sólo es viable una monarquía que imponga su soberanía. Sin embargo, afirma que una república con soberanía popular sería lo deseable si las condiciones son las ideales. Desde luego, insiste en numerosas ocasiones que la estabilidad de un gobierno es directamente proporcional al grado de implicación y participación de la ciudadanía en el gobierno.

Maquiavelo dice admirar tanto a un príncipe resuelto y sin reparos como a un

pueblo capaz de autogobernarse. Se ha argumentado que Maquiavelo sentía preferencia por la república y la participación ciudadana ya que ello estimula el mayor progreso y desarrollo cívico de la población y efectivamente, así lo expresa el propio autor: “Pues todas las tierras y las provincias que viven libres hacen grandes progresos... Lo contrario sucede en países que viven siervos.”⁹

Con esta misma obra como referente, Negri defiende que Maquiavelo fundamenta la democracia florentina con el fin de que el pueblo se hiciera con el control de la República, lo que convertiría a Maquiavelo en un teórico de la democracia. “En resumidas cuentas, el maquiavelismo se presenta como una teoría profundamente democrática...”¹⁰

En la misma línea argumentativa se sitúa Pocock, para quien el discurso republicano de Maquiavelo es un precursor de los movimientos revolucionarios que culminarían con la revolución americana.¹¹

¿Cómo explicar estas aparentes contradicciones? La clave parece estar en el contexto antropológico. La negativa concepción que sobre el hombre despliega en *El*

9 Maquiavelo, Nicolás, *Discursos*, Alianza, Madrid, 2003 Libro II, 2, p. 200.

10 Negri, A., *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona 2004, pp. 114-115.

11 Pocock, J. G. A., *El momento maquiavélico*, Editorial Tecnos, Madrid, 2002.

príncipe se corresponde bien con tiempos excepcionalmente agitados.

En *El príncipe* la consideración antropológica es extremadamente negativa y pesimista. Parte de lo que hace el libro apasionante es esa sensación de que la naturaleza humana es despreciable, realmente brutal y bestial, se dramatiza mucho, se presenta con un cierto deleite. Es porque el libro estaba destinado a ser impactante. Sobre todo en el capítulo XV donde se destaca que todo el mundo es siempre voluble, traidor y nadie guarda la palabra dada. Si alguien trata de vivir en el mundo de los virtuosos lo que hace es despegarse del mundo real, y eso es culpa de la teoría humanista que predica virtudes seráficas y celestiales en un mundo depravado.

Para delinear su visión del hombre, Maquiavelo recurre a la historia, entendida como un almacén de conocimiento del que entresacar, si no las leyes, sí al menos los modelos y pautas a imitar o a evitar. La naturaleza humana se despliega en las acciones registradas en la historia y dan indicios o pautas de actuación que pueden repetirse o rechazarse. La historia es fuente de ejemplaridad y de crítica. Es una concepción de la historia abierta, es decir, sin carga trascendente, teleológica de ningún tipo. La historia es abierta, puede repetirse y de hecho hay bastantes posibilidades de que se repita, pero no condena a la repetición ni tampoco esta guiada por un sentido de finalidad o de idea de progreso. No hay esencias que se

desenvuelvan en la historia pero sí hay enseñanzas que extraer de ella. Quien quiera ver lo que ha de ocurrir, afirma en los *Discursos*, debe considerar lo que ha ocurrido (Libro III).

Cada sociedad es un comienzo, un fin en sí mismo y la historia proporciona ilustraciones valiosas. La enseñanza más valiosa es que en lo fundamental, los hombres no han cambiado significativamente a lo largo de los siglos. Los humanos “tienen y tuvieron siempre las mismas pasiones” (*Discursos*, Libro III) que se reducen a dos: gloria y riqueza.

"Porque vemos que los hombres tienen distintas formas de proceder para alcanzar sus objetivos, que son la gloria y la riqueza..."¹²

Maquiavelo ni analiza otras culturas ni le preocupan las evoluciones que una misma cultura experimenta con el paso del tiempo. Toma una concepción rígida de la naturaleza humana, cuyas pasiones y metas son bastante estables: Los hombres son egoístas, agresivos, simuladores, pretenciosos, desagradecidos, volubles, vanidosos y ambiciosos. La ambición “es tan poderosa en los pechos humanos que jamás los abandona” (*Discursos*, I, 37)

12 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, Editorial Espasa Calpe S. A., Madrid, 2003, p. 156.

Pesimismo, como decimos influenciado por su descontento ante la muy decepcionante realidad de corrupción e inestabilidad de su tiempo, que se expresa a lo largo de toda la obra:

“Porque, en general, se puede afirmar que los hombres son ingratos, inconstantes, falsos y fingidores, cobardes ante el peligro y ávidos de riqueza; y mientras les beneficias, son todos tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije, cuando la necesidad está lejos; pero cuando la necesidad se acerca te dan la espalda, así que el príncipe que haya confiado por completo en sus palabras y no disponga de otras defensas se hundirá.”¹³

Al fatalismo, y el pesimismo puede añadirse un cierto elitismo. El desprecio al pueblo al que se tacha de tener una percepción distorsionada de la realidad, puede ser muestra de ello, como evidencia su sentencia de que en el mundo no hay otra cosa

13 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, op. cit., p. 116.

que vulgo que se deja llevar por la apariencia e impresionar por el éxito del acontecimiento.

El resultado es que el ambiente es de corrupción y decadencia, lo que provoca una desconfianza radical en la ciudadanía de aquella coyuntura histórica que resulta en la imposibilidad de alumbrar un gobierno popular. De ninguna forma se abren vías para su participación o influencia en los asuntos públicos.

Maquiavelo renuncia en todo momento a hacer uso de una pedagogía con el pueblo, pues es incapaz de llegar a comprender las razones que mueven a los gobernantes. Cree más sabio confiar en la virtud del gobernante que en la del pueblo y tiene mayor fe en un principado fuerte que gobierne desde el terreno de la apariencia y el disimulo buscando el beneficio común pero sin la decisión de los súbditos, cuyo papel es el de ser sumisos gobernados.

En suma, con *El príncipe* se parte de una situación política excepcional de inestabilidad y crisis, de modo que se hace necesario el uso de medios inflexibles para conducirse y mantenerse en el poder que no serían necesarios en una situación normal de calma y estabilidad.¹⁴

14 Truyol y Serra, A., *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado 2. Del Renacimiento a Kant*. Alianza Editorial, Madrid, 1995, p. 12.

Una interpretación a esta aparente contradicción entre el Maquiavelo autoritario y el republicano demócrata puede comprenderse si se ve que las situaciones excepcionales demandan medidas excepcionales. En ausencia de amenaza, el principado puede tornarse república.

El Príncipe y los *Discursos* son solidarios y no contradictorios en la visión política, en su concepción del Estado, en su modo de entender lo militar, en su actitud ante lo religioso, en la labor del legislador como reformador, etc, pero con *El príncipe* lo que se defiende es que en condiciones de amplia corrupción política del tejido social, lo que urge es la concentración del poder en manos del príncipe.

Gobernar es hacer un balance interesado de costes y beneficios teniendo en cuenta el contexto, valorando el poder que se tiene en cada momento y los perjuicios que podría ocasionarle tomar unas u otras decisiones. Todo depende de las urgencias que imponga el contexto.

La imagen que Maquiavelo tenía del pueblo en momentos de crisis como el que existía cuando escribe el Príncipe es la de una masa disgregada y amoral.

En esos casos, lo que se necesita es acabar con los delitos y las luchas internas y para ello se necesita un buen gobierno capaz de mantener la paz, la unidad y

mantener en el pueblo el temor y el respeto al poder real. Un territorio disciplinado y en paz bajo un príncipe fuerte parece lo más deseable para salir de momentos delicados.

Puede que su concepción antropológica sea exageradamente negativa, pero lo que quiere dejar claro (y especialmente en tiempos turbulentos) es que si los hombres no son siempre así no pasa nada grave. Es una apuesta segura. Pensando así no puedes equivocarte. Si finalmente los hombres son honestos, no hay problema, en caso contrario el príncipe está prevenido y sabe cómo actuar.

“Como demuestran todos los que han meditado sobre la vida política y los ejemplos de que está llena la historia, es necesario que quien dispone de una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos, y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presenta la ocasión de hacerlo libremente;”¹⁵

15 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe, op. cit.*, p. 40.

Toda la tipología de Estados que se presenta en el Príncipe sirve a un propósito: dirigir al lector a la peor situación posible, que es en la que los Medici estaban en Florencia: acceder al poder en un principado nuevo que hasta entonces era una república.

La gran pregunta, por tanto es la de cómo mantener el poder. A juicio de Maquiavelo, la mejor forma de hacerlo es mediante la virtud o la fortuna. Lo que está claro es que los Medici no están en el poder por su propia virtud, sino por azares del destino. En 1512 los Medici se impusieron Piero Soderini y terminaron con la República, con la ayuda de un ejército español, algo poco meritorio. De ahí la insistencia de Maquiavelo en que el príncipe sea un jefe militar ante todo si desea conservarse en el Estado. No hay estado seguro si no cuenta con un ejército propio, independiente de fuerzas extranjeras. En caso contrario, está por completo en manos de la suerte. Es decir, que los pactos se cumplen y la palabra se respeta solo cuando la fuerza puede asegurarlo, de no ser así, solo cabe esperar que la fortuna sea favorable, un factor al que no conviene fiar algo tan importante como el Estado.

El consejo es entonces evitar ayudas foráneas y mercenarios y levantar un ejército de ciudadanos residentes del Estado, puesto que son los únicos de los que se puede esperar fidelidad.¹⁶ Al frente de esta fuerza ha de ponerse el Príncipe en

¹⁶ Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, *op. cit.*, p. 136.

persona.

En suma, que la política es el reino de la fuerza. De este hecho pueden hacerse valoraciones morales, pero no hay necesidad de hacerlo, porque es un hecho innegable y prácticamente perenne en la historia de la humanidad.

Si un consejero desea ser útil a su príncipe, lo que debe es asumir cómo son las cosas y no teorizar sobre mundos ideales que difícilmente pueden materializarse. Contra esto es contra lo que el florentino lanza sus críticas: muchos consejos se han hecho llegar a los príncipes carentes de un mínimo sentido del realismo.

Si un trabajo político aspira a ser de utilidad ha de basarse en lo realizable, incluso aunque eso suponga ir contra toda la tradición precedente.

La falta de realismo político ha sido la principal causa por la que los príncipes perdieron sus estados en un tiempo en el que lo apremiante era edificar un estado capa de hacer frente a invasores extranjeros. Ese es el proyecto político que Maquiavelo desea impulsar y tan alto fin demanda la sabiduría y la virtud del príncipe en beneficio del colectivo.

Para poner manos a la obra lo primero y fundamental es tomar el poder. Una vez conseguido el poder, el objetivo es mantenerlo a salvo de conquistas externas o

revueltas internas. El Estado ha de mantenerse en pie a salvo de toda posible turbulencia que lo amenace. Esa es la difícil labor del príncipe y para ello necesita rodearse de consejeros que le aporten la sabiduría y la virtud necesarias.

El Estado es como un organismo que debe conservarse pues su extinción sería trágica. Aquí es donde las razones del Estado han de ser tomadas en consideración. Mantener el estado y su territorio es prioritario, para lo cual son válidas acciones como mantener alejados a los enemigos, llevar a cabo acciones tácticas, no dar poder a potenciales rivales, aliarse con fuerzas exteriores, etc. El factor común que las une sería el no reparar en los medios que se usen, siempre y cuando sean consecuentes con el objetivo propuesto. El príncipe debe juzgar cómo protegerse de los enemigos, ganarse amigos, hacer uso tanto con la fuerza como con el engaño, ser amado y temido por el pueblo, seguido y respetado por los soldados, etc.

No puede dudar en acabar con los que pueden ofenderle y actuar conforme las circunstancias dicten, siendo severo o grato, magnánimo o liberal, amistoso o belicoso, sabiendo conjugar la cortesía con la fiereza.

Se trata de una posición que pone en práctica los medios necesarios para alcanzar el fin que se persigue, aunque con ello se atentara contra los valores

normalmente respetados, ya sea la lealtad, la caridad, la bondad o la religión.

Es erróneo afirmar que Maquiavelo fuera contrario por principio a la moralidad tradicional, o enemigo de valores como la honradez y la integridad. Lo que el florentino afirma es que ante determinadas situaciones límites, es necesario elegir entre la moralidad privada y el éxito público.

Esta tesis muestra que cuando lo que prima es un fin superior, no es ilógico el empleo de la maquinación política y la sutileza. Lo que está en juego no son, y en eso Maquiavelo es claro, los intereses particulares del príncipe sino los del colectivo en su conjunto.

Se trata de aplicar una perspectiva que pueda ser calificada como útil, verdadera, realista y práctica.

“Y sé que todos afirmarán que sería enormemente loable que en un príncipe se encontraran, de todas las cualidades que hemos mencionado arriba, las que se consideran buenas; pero puesto que no se puede tenerlas todas ni observarlas en su totalidad, porque la condición humana no lo consiente, es necesario que el príncipe sepa evitar con su prudencia la infamia de aquellos vicios

que le quitarían el Estado, y sepa guardarse, en lo posible, de los que no se lo quitarían; no obstante, si no es capaz, puede dejarse llevar por ellos sin demasiado temor. Y además no debe preocuparse de incurrir en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque, si se examina todo atentamente, se encontrarán cosas que parecen virtudes y sin embargo le llevarían a la ruina, y otras que parecen vicios, de los que por el contrario nacerán su seguridad y su bienestar.”¹⁷

Queda de manifiesto que la diferencia entre vicio y virtud depende de la finalidad que se persiga. Recordemos que lo que Maquiavelo dice perseguir es el bien del colectivo.

Sentadas estas premisas, Maquiavelo se ocupará extensamente de elucubrar sobre los mejores modos de mantener el poder de forma estable en un territorio. Si ha sido conquistado, afirma, presentará dificultades, especialmente si la población vivía conforme a sus propias leyes antes de ser anexionado su territorio.

¹⁷ Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, op. cit., p. 110.

Ante esto, afirma explícitamente que existe la opción de aniquilarlos por completo o bien de mantener sus costumbres y legislación en parecidos términos con el apoyo de oligarquías que les mantengan fieles al príncipe. Insiste Maquiavelo en la necesidad de contar, desde dentro, con el apoyo de la población puesto que es complicado imponer indefinidamente el poder en contra del parecer de los gobernados, pues siempre se correrá el peligro de una rebelión que acabe con la imposición externa.

En absoluto se matiza si es deseable conquistar territorios ni las argumentaciones que puedan darse al respecto. Parte del hecho de que existen conquistas y anexiones de territorios, y estudia los problemas prácticos con los que un gobernante habrá de vérselas en estos casos. Así, destaca que una dificultad añadida a la estabilidad del gobierno es, sin duda, la promulgación de nuevas leyes, ya que innovar crea enemistades y hace que todos aquellos que se beneficiaban de las antiguas normas estén en contra de quien modifica el ordenamiento vigente.

Toda novedad, al no estar respaldada por la experiencia de su funcionamiento, genera inquietudes. De ahí que tenga que aconsejar al príncipe no modificar radicalmente las costumbres y el modo de vida de los gobernados si desea mantenerse en el poder sin sobresaltos. Junto con esto, desgrana toda una serie de consejos prácticos para lograr la permanencia en los territorios gobernados: aliarse con las

capas más débiles, hacer colonias mediante el envío de pobladores a los territorios ocupados, ubicar al príncipe en los nuevos territorios para reforzar su autoridad, no dar poder a las clases más poderosas o a la Iglesia para evitar un alzamiento contra el príncipe, etc. Como regla general conviene ser precavido con quienes tienen más poder en el territorio, pues pueden llegar a hacer sombra al príncipe.

En cuanto a los derechos de las poblaciones gobernadas basta con señalar que Maquiavelo los resume en lo siguiente: no oprimirlos y respetar sus derechos y posesiones. Con ello el príncipe se podrá mantener en el cargo libre de rebeliones o revueltas y la población vivirá “contenta”. Basta para ello que el pueblo no se sienta oprimido.

Parece que el príncipe, no siendo un déspota inhumano, puede mantenerse en el poder el mayor tiempo posible. No hay en toda la obra referencias a algo más que los medios para conservar el poder, como por ejemplo, la licitud de los objetivos que el gobernante persigue.

En su obra, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1513-1519) posterior a *El Príncipe*, Maquiavelo sí apunta otras necesidades en el pueblo, como son recuperar su libertad si ha sido sometido a servidumbre, (“la rabia del pueblo, que no podía soportar haber perdido la libertad”) para poder vivir seguros y contentos

bajo el imperio de la ley, algo que se echa de menos en El Príncipe.¹⁸

Maquiavelo defiende también el fraude y la deslealtad como medios para alcanzar el poder, y para demostrarlo encuentra en la historia casos en los que mantener la palabra dada y ser íntegro supusieron un lastre.

“Por tanto, un señor que actúe con prudencia no puede ni debe observar la palabra dada cuando vea que va a volverse en su contra y que ya no existen las razones que motivaron su promesa.”¹⁹

Se abre la puerta a la inobservancia de los preceptos morales y se admite que engañar, fingir, ocultar, disimular y embaucar son actitudes necesarias siempre y cuando se sepan ocultar convenientemente aparentando ser leal, humano y piadoso.

“Y hay que entender bien esto: que un príncipe, y especialmente un príncipe nuevo, no puede observar todas las cualidades que

18 Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Alianza, Madrid, 2003, p. 84 y 85.

19 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, op. cit., p. 120

hacen que se considere bueno a un hombre, ya que, para conservar el Estado, a menudo necesita obrar contra la lealtad, contra la caridad, contra la humanidad y contra la religión. Por eso tiene que tener el ánimo dispuesto a cambiar según le indiquen los vientos de la suerte y los cambios de las cosas y, como dije antes, no separarse del bien, si puede, pero saber entrar en el mal, si es necesario”²⁰

Dicha actitud desleal puede incluso considerarse legítima si, al final, los resultados son buenos. Al príncipe le recuerda que todos pueden ver lo que parece, pero pocos saben lo que eres y esa minoría difícilmente se atreverá a ir en contra de la opinión de los muchos apoyados por la autoridad del Estado, por consiguiente: “en las acciones de todos los hombres, y máxime en las de los príncipes, cuando no hay tribunal al que reclamar, se juzga por los resultados.”²¹

Si los resultados son los que a fin de cuentas importan, el resultado de más valor es la conservación del Estado, pues es sinónimo de seguridad, orden y bien común.

Los medios serán aceptables en la medida en que contribuyan a tal fin.

20 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe, op. cit.*, , p. 121

21 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe, op. cit.*, p. 121

“Haga, pues, el príncipe lo necesario para vencer y mantener el Estado, y los medios que utilice siempre serán considerados honrados y alabados por todos.”²²

Ello incluye todos los medios, incluso los que son abiertamente delictivos siempre que con ello se acabe contribuyendo a un fin mayor:

“Se puede definir como buena utilización del delito (si es que se puede hablar bien del mal) la que se hace en un momento concreto, por la necesidad de asegurar la propia posición, sin volver a insistir luego en ella, sino intentando sacarle el mayor provecho posible para los súbditos”.²³

El orden beneficia a todos, por eso, en determinados casos puede emplearse el temor para mantener al pueblo dentro del orden.

Podría pensarse que estas recomendaciones abren la puerta a cualquier conducta

²² Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, op. cit., p. 121

²³ Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, op. cit., p. 75

ilícita. Maquiavelo afirma que los límites los dicta la prudencia. Por tanto, por ejemplo, el príncipe puede atemorizar al pueblo siempre y cuando lo haga, pero ha de cuidarse de no abusar de esta prerrogativa pues el inicial temor de la población puede tornarse en odio si los ultrajes son repetidos, dando origen a ulteriores rebeliones que pudieran destronarle. Contando con esto, añade que es conveniente hacer todos los males que se juzguen necesarios de una sola vez y cuanto antes, con lo que el daño se tolerará mejor.²⁴

Obviamente, lo ideal es no hacer uso de esta herramienta y ser obedecido por amor del pueblo, pero si el príncipe ha de elegir entre ser amado y temido, siendo ambas cosas deseables, debe optar por tener el temor de los súbditos. El amor es inconstante y una apuesta segura es el temor. Es lo mismo que decía Calígula, que me odien mientras me teman.

24 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, op. cit., p. 75

EL CONCEPTO DE VIRTUD DE MAQUIAVELO

Saber cómo entiende Maquiavelo la virtud es la pregunta clave para entender el libro. Ahora bien, para entender el concepto de la virtud, en Maquiavelo, hay que ver que lo que él quiere decir con virtud: los conocimientos, las cualidades, rasgos de carácter y habilidades gracias a las cuales el príncipe va a ser capaz de alcanzar sus verdaderos objetivos: mantenerse en el poder. Virtuoso es el príncipe que logra mantener el estado y conservar el gobierno de su estado. Será virtuoso si emplea sus recursos para mantenerse en pie y hacer frente a las turbulencias que amenazan su estatus.

La virtud es por consiguiente algo diferente a lo que predicaban las escuelas clásicas. Nada más lejos de la virtud que la resignación estoica ante lo que el destino nos depara. Virtuoso no es el que acepta con serenidad los golpes de la diosa fortuna. La virtud es acción, no pasión. Hay que actuar y golpear primero. No es virtuoso encajar los golpes estoicamente.

La virtud no es lo que dictaba la tradición moral humanística neoclásica: la justicia, la sabiduría, la prudencia, la fortaleza y la templanza. Esos discursos moralizantes que apuntan al bien moralmente deseable, a la honestidad y la ausencia

de dobleces son perfectamente indeseables en un príncipe que tenga unas mínimas aspiraciones de seguir siéndolo.

Ni la clemencia, la moderación, la bonhomía, la paciencia, la compasión o la generosidad son capaces de asegurar el bienestar de la sociedad. La cabeza del estado ha de moverse no por la clemencia del príncipe humanista y bondadoso, sino por otras cualidades que lo distancian del buen padre bondadoso con sus hijos. El príncipe es un líder militar, un conductor del pueblo que sabe ejercer el poder con rigor o templanza según el caso.

Si el príncipe se apoya en este sentido de la justicia y la virtud puede dar por perdido su Estado. Hacen falta lo que Maquiavelo entiende que son las cualidades viriles, propias del varón valiente. La virtud de Maquiavelo tiene connotaciones masculinidad. La mansedumbre femenina no es virtud en el sentido maquiavélico. El hombre es la fuerza arrolladora, en ocasiones racional y en ocasiones animal.

El príncipe ha de aprender de las cualidades de animales como el el león y el zorro: la fuerza bruta y el engaño.

La figura del verdadero príncipe no es la del hombre justo, honesto, sabio, generoso, clemente, moderado, magnánimo, que ni engaña ni abusa de su fuerza, sino algo bien distinto.

Un príncipe no es un guardián de una caduca idea del bien, sino un general que cuida de su pueblo y su territorio.

Un príncipe no puede ser generoso pues eso sería dilapidar el dinero del pueblo. Mejor es pecar de mezquindad y parsimonia que pecar de generoso, pues la suntuosidad ocasionará un mayor gravamen de impuestos sobre la población que puede hacer que el pueblo se enemiste con el príncipe. Ser tachado de mísero por la población evitará, afirma, el descontento ante impuestos excesivos. Además, continúa Maquiavelo, el ahorro permite llevar a cabo campañas militares sin cargas impositivas extraordinarias sobre la población.

“Entre las cosas de las que un príncipe se debe guardar están el desprecio y el odio, y la liberalidad te conduce a ambos. Por consiguiente, es más sensato quedarse la fama de tacaño, que genera una mala fama sin odio, que, por buscar la reputación de liberal, tener que ganarse la fama de ladrón, que genera mala fama y odio a la vez”.²⁵

25 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, op. cit., p. 113

Otra de las críticas vertidas por Maquiavelo hacia las virtudes clásicas es la referida a la piedad y se resume en la idea de que, aunque todo príncipe debe desear que le consideren piadoso y no cruel,²⁶ hay momentos en los que la clemencia del príncipe son contraproducentes. La clemencia de los florentinos traducida en su negativa a ejecutar a los cabecillas de un levantamiento popular tuvo como resultado la destrucción de Pistoia. Si hubieran sido inmisericordemente ejecutados al ser detenidos tras el levantamiento se habría ahorrado la desolación posterior.

Cuando la clemencia se aplica sin mayores consideraciones sucede que los insurrectos pueden tomar la piedad por debilidad y proseguir sus acciones, lo cual acabará desatando más crueldad y violencia. Por consiguiente, en ocasiones es necesario olvidar la piedad y eliminar a los cabecillas en la primera ocasión.

Si el príncipe solo busca evitar la fama de cruel puede que la población sufra mayores crueldades. Un gobernante ha de saber asestar un golpe duro sin que le tiemble el pulso. Negarse a castigar a un motín es ser clemente, pero el resultado es un segundo motín. En resumidas cuentas, la clemencia no es una buena virtud en todos los casos.

Las virtudes clásicas se revelan pues insuficientes y la Iglesia tampoco era un ejemplo a seguir, lo cual es para el florentino un hecho bien desafortunado si se tiene

²⁶ Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe, op. cit.*, , p. 115

el cuenta el poder de la Iglesia. La Iglesia tiene capacidad para mejorar la cohesión social, armonizar y mejorar relaciones sociales, ser un apoyo del legislador en la defensa de la ley, ejercer como un fuerza pedagógica y moralizadora, fomentar las buenas costumbres, etc.

Todo este potencial benéfico para el colectivo queda sin aprovechar cuando la Iglesia se empeña en enseñar a los hombres a despreciar lo mundano y poner sus esperanzas de justicia en otra vida. La Iglesia fomenta la debilidad de carácter y enseña a soportar las injusticias aspirando a la compensación de la vida eterna. La religión católica ha beatificando más a los hombres contemplativos que a los activos y ha puesto el mayor bien en la humildad y el desprecio de las cosas mundanas, cuando debería ponerlo en la grandeza de ánimo, en la fortaleza y en todas las cosas adecuadas para hacer fuertes a los hombres y mejores a sus sociedades.²⁷

Maquiavelo añora una Iglesia viril y fuerte, como la de las religiones paganas, que se vuelque en las vidas reales de sus fieles y trate de combatir la decadencia y la corrupción en este mundo. El interés de Maquiavelo por las religiones paganas de la antigüedad era algo muy común en su época, incluso podría decirse que ésta fue una de las notas constitutivas del Renacimiento.²⁸

27 Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid, Alianza, 2003, pp. 198-199.

28 Ocáriz Braña, J., *Historia sencilla del pensamiento político*. Ediciones RIALP, Madrid, 1987, p. 62.

Esta es una de las notas dominantes del Maquiavelo republicano, su hostilidad hacia la mansedumbre y la sumisión y su defensa de la *vita activa*.

“Y cuando nuestra religión te pide que tengas fortaleza, quiere decir que seas capaz de soportar, no de hacer, un acto de fuerza. Este modo de vivir parece que ha debilitado al mundo, convirtiéndolo en presa de los hombres malvados, viendo que la totalidad de los hombres, con tal de ir al paraíso, prefiere soportar sus opresiones que vengarse de ellas.”²⁹

Las críticas a la Iglesia no acaban aquí. No solo son sus prédicas, también sus acciones. La Iglesia era una institución corrupta que ejercía como un poder desintegrador y disolvente que mantiene al país dividido. Sus únicos afanes son los de aumentar sus capacidades políticas y riquezas mediante alianzas de conveniencia. La degradación moral de sus máximos representantes evidencia que poco se puede esperar de ella. Es responsable de la decadencia y falta de unidad del pueblo, de extender la degradación moral, de acaparar riquezas e impedir la búsqueda del bien

29 Maquiavelo, Nicolás, Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Alianza, Madrid, 2003, p. 99.

común.

En suma, la virtud para Maquiavelo debe aspirar al bien común en este mundo y en esta vida, no operar sin estimar las consecuencias de los actos, evitar la violencia innecesaria del tirano despiadado, rechazar la crueldad sistemática y constante, pero saber hacer uso de ella cuando es necesario.

La virtud es ante todo flexibilidad, es saber adaptarse usando los medios disponibles, consiste en manejar los tiempos, supeditar la táctica a la estrategia y deshacerse de rígidas convicciones. La virtud es adaptación al medio. Un príncipe virtuoso es como un centauro, mitad hombre y mitad bestia. Los medios humanos no son siempre efectivos, a veces, el gobernante debe saber enseñar los colmillos a los enemigos del pueblo.³⁰ La virtud del príncipe le exige en unas ocasiones imitar al león y exhibir su fuerza en un ejercicio de autoridad y en otras seguir las prácticas del zorro astuto, empleando las apariencias e incluso el engaño. Así pues, hay que ser un zorro para conocer las trampas, y un león para amedrentar a los lobos.³¹

Virtuoso es quien deja al pueblo satisfecho y a la vez admira el despliegue de la grandeza del príncipe en cada uno de sus actos.

30 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe, op. cit.*, p. 119.

31 Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe, op. cit.*, p. 120

Ante todo, un príncipe es el que lleva el control activo, el que se anticipa a los acontecimientos y el que conjuga, como la ocasión lo demanda, inteligencia, fortaleza, sagacidad, audacia y valor.

Maquiavelo creía que los hombres pueden tener mucho más poder sobre sus propias vidas si en lugar de deleitarse con las ficciones que sitúan la bondad del gobernante en otras latitudes, se atuvieran a analizar cómo opera, con toda su terrenalidad, lo real, especialmente bajo condiciones extraordinarias.

BIBLIOGRAFÍA

ABBAGNANO, Nicola, Diccionario de filosofía, FCE, México, 1995.

CROSSMAN, R.H.S., *Biografía del Estado Moderno*, México, Fondo de Cultura Económica 1965 (2ª ed.)

FERRATER MORA, J. Diccionario de Filosofía. Editorial Círculo De Lectores, Barcelona 1994.

FUNDACIÓN TOMAS MORO, *Diccionario Espasa Jurídico*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2001.

GARCÍA COTARELO, R. (comp.), *Introducción a la teoría del Estado*, Editorial Teide, Barcelona, 1983.

GRAMSCI, A., *La política y el Estado moderno*, Editorial Planeta-De Agostini, Barcelona 1971.

HELLER, H., *Teoría General del Estado*, Fondo de Cultura Económica, México 1992.

JELLINEK, Georg, *Teoría general del estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

KELSEN, H., *Teoría general del Estado*, Editorial Comares, Granada 2002.

KUHN, H., *El Estado: Una exposición filosófica*, Editorial Rialp Madrid, 1979.

LEGAZ Y LACAMBRA, L., *Filosofía del Derecho*, Bosch Casa Editorial, Barcelona 1979

MACMILLAN, INC., *The Encyclopedia of Philosophy*. Macmillan Publishing Co., Inc. & The Free Press, New York 1967.

MAQUIAVELO, N., *El Príncipe*. Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2003.

MAQUIAVELO, N., *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Alianza editorial, Madrid, 2003.

MILLER, D. (dir.), *Enciclopedia del Pensamiento Político*, Alianza editorial, Madrid, 1989.

POCOCK, J. G. A., *El momento maquiavélico*, Editorial Tecnos, Madrid, 2002.

SABINE, G., *Historia de la Teoría Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

SORIANO, R., *Compendio de teoría general del derecho*, Editorial Ariel, Barcelona, 1986.

TOUCHARD, J., *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid, 1979.

TRUYOL Y SERRA, A., *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado 2. Del Renacimiento a Kant*. Alianza Editorial, Madrid, 1995.

VALLESPÍN, F. (ed.), *Historia de la Teoría Política*, Alianza editorial, Madrid, 1990-1995 (VOLS. 2 A 6).

VECCHIO, G. del, *Filosofía del Derecho*, Editorial Bosch. Barcelona 1980 (9ª ed.)